

Luis Alberto Sánchez

La literatura del Perú republicano

(Continuación)

CAPITULO SEGUNDO

DE LA REGION AL UNIVERSO

«La Revolución de la Independencia había quedado reducida al cambio de personas; había venido a ser una burla a la República y, sin aventurarnos mucho, podemos asegurar que había empeorado la condición material del país y aun las garantías del individuo... *Eramos una monarquía en el fondo, con el traje indeciso de la república*».—Bilbao, «Historia de Salaverry», Lima, 18... p. 199 y 200.

LARRA Y EL COSTUMBRISMO

La personalidad de Mariano José de Larra refleja, en la dramática curva de su vida, uno de los períodos más importantes de la historia espiritual—y literaria—del Perú y América. No es que coincidan cronológicamente. Se trata de que, en la biografía de Larra, se realiza el mismo proceso que en una larga etapa de la vida intelectual peruana. Los escritores cumplieron, deliberada o inconscientemente, algunos consejos básicos de

«*El Pobrecito Hablador*», cuya memoria habría que reivindicar por el noble rumbo y la maciza textura de su obra.

Larra reunió en sí elementos dispares. Realista y romántico, cultor de la *tradición* y la *costumbre*, crítico y lírico, llega el suicidio que en él, lejos de significar anhelo de suprimir la propia amargura, como el Werther, es, antes que eso, propósito de suprimir la amargura del mundo. Borra y se borra; mata y se mata; mira y se mira: Narciso de la muerte, se descerraja el tiro fatal ante un espejo. Petronio ochocentista, poseía, como el romano, sarcasmo, penetración, sensualidad y ternura. El «*Satiricón*» español lo forman muchos artículos en los cuales Larra ataca las costumbres, aunque se deleite pintándolas. «*Satiricón*» sin pederastas ni hetaíras; con pícaros y escritorzuolos pedantes y fulleros. Y eso es la costumbre: *desesperado amor de corazón romántico martirizado por ojos de realista*. Sentido crítico que trunca a un Byron o a un Musset: Larra en suma. Ternura excesiva para ser Taine o Sainte Beuve: Larra. Inadecuación pertinaz entre su mundo y el mundo: ello le empuja a suprimir el uno y el otro, en un afán nihilista. Lo que, aparentemente, es su dilema, es en el fondo una identidad. Suprimir su mundo envolvía para Larra romántico una petición de principio, una tautología: significaba suprimir todo el mundo exterior. La única solución era la muerte. Pocas veces se precisa tan nítidamente un drama, tan sin encrucijadas. Mal dramaturgo el destino al diseñar la vida de Larra: el prólogo voceaba ya el desenlace. Nadie se sorprendió, pues.

La tragedia de Larra se reproduce en la vida intelectual peruana de 1828-1848. Son veinte años en los que se plantea y desarrolla la misma antinoma entre *tradición* y *costumbre*, entre el mundo circundante y el lirismo ancestral. Larra quería que la literatura captase no sólo *formas* sino *verdades*, y que éstas se encuentran en el momento social que vive cada escritor. En su artículo «*Literatura*», publicado por 1836, decía textualmente:

«Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura en-

«~~tre~~ nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas
« del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circuns-
« tancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea; sino
« una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro,
« por tanto, del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, pro-
« funda, pensándolo todo, diéndolo todo en prosa, en verso, al
« alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propagan-
« da; enseñando *verdades*, a aquéllos a quienes interesa saberlas,
« mostrando al hombre, *no como debe ser, sino como es*, para co-
« nocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la
« época, del progreso intelectual del siglo».

M. J. de Larra, «Artículos críticos»,
ed. «La Lectura», «Madrid, 1923, p. 197-
198.

Reaccionaba Larra, de acuerdo con la teoría romántica, contra el clasicismo hecho de mera figura, aunque la *práctica* romántica ahondó el literaturismo. En España y sus—todavía entonces—semicolonias americanas, sedicentes repúblicas emancipadas, los escritores sin quererlo se aproximaban al anhelo de «*Fígaro*». Martínez de la Rosa y Meléndez Valdés alternaban la poesía con las graves tareas de estadistas. El duque de Rivas era un hombre de gobierno. Quintana, como Hugo y Byron, cedió a la sugestión social-política del momento.

La restauración borbónica, al plantear nuevas interrogaciones, evidenció un profundo desequilibrio. El «Vivan las cadenas» de los fernandistas hispanos es, más que una anécdota, un mal. América también vivía su reacción, postbolivariana. Al extinguirse los próceres, surgieron—albaceas espontáneos,—generales y doctores ambiciosos, tras de los cuales marcharon los escritores sin rebozo. De las «Gacetas» y salones literarios zarparon escritores y poetas en procura del mando: Olmedo, Bello, Pando, luego, Pardo y Herrera, Vigil, Casós, los Cisneros, Lavalle, Paz Soldán, Palma...

Transeúntes de la política, pero sin una doctrina definida, carecían de capacidad para enfocar certeramente la realidad presente, por lo que desembocaron en el *costumbrismo*; por igual ausencia de hondura en el pasado, cayeron en la *tradición* y la *leyenda*. *Localismo* y *tradicionalismo* debieron producir, antes, el más neto romanticismo en América, si una excesiva afición a lo español y a la retórica en general, no hubieran permitido la supervivencia colonial, a lo que coadyuvó el catolicismo litúrgico, más que sentimental. En Argentina, en donde la tradición colonialista y el hispanismo fueron menores, el romanticismo surgió antes que entre nosotros, aunque no me atrevo a afirmar si la tiranía de Rosas fué un reactivo favorable a la aparición de aquello.

Tras el frenesí de la guerra emancipadora debió de ser unánime el romanticismo. Así ocurre ahí donde pesó menos el coloniaje. Pero, en el Perú, tierra ufana del hispanoclericalismo, no sucedió de tal manera. Nuestras tendencias rumbaron hacia horizontes ajenos al romanticismo. Intentando una síntesis provisional de aquello, se podría señalar lo siguiente:

- a) Movimiento hacia lo *local*, o *costumbrismo*;
- b) Movimiento hacia lo *universal*, o *humanitarismo*; y
- c) Movimiento hacia lo *pasado*, o *tradicionalismo*.

La tendencia hacia lo local revistió dos formas: (1) *criollista*, y (2) *anticriollista* o *criollófoba*. La tendencia hacia lo universal, casi paralela, divide el campo en (3) *liberales*, (4) *conservadores*, y (5) *remotos amagos socializantes*. La tendencia hacia el pasado fué ya profundamente romántica y asumió dos aspectos: (6) *historicismo*, y (7) *leyendismo*.

En general, salvo la primera tendencia, la cual trató de nutrirse de la tierra misma, las otras cultivaron como deporte característico el *lejanismo* o culto de la lejanía, y con ello fueron heraldos evidentes de los románticos. Pero, más adelante he de insistir en el valor y contenido de la lejanía, cuando me ocupe de los románticos propiamente dichos.

II

SEGURA Y PARDO

Escribe Riva Agüero, con respecto al ambiente de la literatura y la sociedad limeña—así se llamaba a lo peruano—de los años siguientes al final de la guerra emancipadora hasta 1845 aproximadamente:

«En la literatura clásica peruana de los dos primeros decenios posteriores a la independencia, el español que tuvo más directo influjo fué el ilustre gaditano don José Joaquín de Mora, tan fácil y diestro versificador. Principalísimo concurrente a la tertulia conservadora de Pando, colaborador del nuevo «Mercurio Peruano», director de un afamado colegio, fundador del «Ateneo del Perú» y sustentador de sus conferencias, secretario y consejero muy escuchado del Protector Santa Cruz durante la Confederación, adquirió considerable importancia en la vida política e intelectual de ese período... Con todo su clasicismo, abrió la puerta al romanticismo histórico y al subjetivo, por los asuntos de sus «Leyendas Españolas», por sus versiones de las novelas de Walter Scott, y por sus elogios e imitaciones de los poemas de Byron. Igual cosa puede decirse del atildado satírico limeño Felipe Pardo, que fué de los más queridos discípulos de Lista y complexión moratiniana...

«... Apartado del grupo académico de Mora y Pardo, mucho más en contacto con la vida popular, y embebido en los costumbristas españoles, aparece Manuel Ascensio Segura, que produjo un teatro regional, pintoresco y sabrosísimo, digno de competir con los mejores sainetes de don Ramón de la Cruz».

Riva Agüero, «El Perú histórico y artístico», Santander, 1921, págs. 164 y 165.

No era, por cierto, necesario buscar el apoyo de una larga cita para corroborar algo tan claro como es la coexistencia en 1828-1848 de dos tendencias divergentes; pero la cita anterior lleva el sello en este caso único de la absoluta imparcialidad de un personaje como Riva Agüero, a quien se le podrá tildar de cualquier *ismo*, excepto el de *izquierdismo*, *socialismo* o *vanguardismo*, dentro de los cuales se ha pretendido clasificar esta obra mía. Riva Agüero, perteneciente a antañona aristocracia colonial, de gesto clásico, rancio censor de popularismo y novaciones, señala, sin embargo, dos hechos: de un lado, el *atildado satírico limeño Pardo*, con su grupo académico, y en el de Mora, afines a la *tertulia conservadora de Pardo*, y de otro lado el popular Segura, padre de un teatro *regional, pintoresco y sabrosísimo, mucho más en contacto con la vida popular*. En otros términos, se plantea el dilema entre el academismo y el popularismo, ya patente desde mediados del setecientos como se desprende de las obras de entonces y como lo he descrito ya. (Sánchez, *Literatura Peruana*, 1929, Tom. II, Cap. VI). Desde luego, Pardo y Segura, en otros términos, el academismo y el popularismo, o mejor todavía, el *hispanicolonialismo* y el *criollísimo mestizo*, inciden en la costumbre. Esta se convierte en algo así como la piedra de toque de la espiritualidad de entonces. Y Pardo y Segura adquieren mayor importancia no por sus biografías—documentos personales—sino por el simbolismo de ellas. Desde mi punto de vista, son sólo peones de un ajedrez de siglos; piezas de una maquinaria. Si los destaco, es porque en ellos se concretan mejor que en otros autores las tendencias de su época. Segura, más que Larriva y Pardo, con mayor derecho que Pardo, encarnan las corrientes antagónicas. Los academistas llegaron a la costumbre en son de captores; los criollistas partieron de la costumbre en son de propagandistas. Pardo y los suyos

van a la costumbre para extraer de ella algo; Segura y sus discípulos, para extenderla a ella,—el pleonismo es inevitable para la graficidad de la comparación.—Es el mismo caso de los cronistas, Cieza y Garcilaso, por ejemplo. Cieza describe el Perú para mostrar el camino de la riqueza y de lo desconocido: ánimo captor y colonista, Garcilaso describe el Perú para mostrar sus encantos y su grandeza: ánimo de amante difusor y orgulloso. En Cieza hay una incitación a la empresa; en Garcilaso una invitación al viaje. Cuando Pardo y Segura coinciden en la costumbre del carnaval limeño, delatan sin quererlo su teleología. Pardo llega al carnaval con el preánimo, deliberadamente, de censurarlo y utilizarlo como tema literario y lección moral; Segura se limita a sentir la alegría, a contagiarse de la locura carnavalesca y reflejarla, jubiloso. Así ocurre en lo político y lo social. Los aristocráticos retoños de los marqueses aceptan la República, pero con reservas y censuras; los democráticos retoños de los mestizos criollos propugnan la República como única senda salvadora. En pequeño y a la sordina, se reproduce el espectáculo de los emigrados y los *sans culotte*: Pardo, el emigrado, en su propia tierra; Segura, el *sans culotte*.

El examen somero de sus respectivas vida y obras confirmará y ampliará este juicio preliminar que no temo que se le califique de prejuicio.

MANUEL ASCENSIO SEGURA

Manuel Ascensio Segura nació en Lima el 23 de junio de 1805, de padres españoles. Su padre era el coronel Juan Segura; su madre, doña Manuela Cordero. Como hijo de militar español, recibió el título de cadete, y combatió contra los patriotas en Ayacucho. Más tarde habría de ocultar celosamente este hecho. Su familia era beata. Algunas de sus parientes vivieron después recluidas en convento. El propio Manuel Ascensio solía escribir versos para las fiestas conventuales. Se casó con doña Josefa Viana, y tuvo dos hijos. Doña Josefa descendía de un hogar

cristianísimo y realista. Segura hubo de aparentar devoción eclesiástica para ganar la confianza de su futuro suegro. En 1828, Manuel Ascensio comenzó a servir a la patria, obscuramente, tal vez de mala gana, y, en todo caso, receloso de que se supiera su actuación como soldado realista el año 24. Su carrera administrativa fué pálida. Mientras, desde la fundación de «El Comercio» en 1839, comenzó a colaborar en él, desempeñaba burocráticos cargos humildes: oficial 2.º interino del Ministerio de Gobierno; en 1841, Sargento Mayor; en 1849 Secretario de la Provincia Litoral de Piura. Padecía de asma. Ya había estrenado sus principales comedias; pero el renombre literario no daba prosperidad administrativa a Segura, que disfrutaba de un buen pasar, merced a los inmuebles de su padre y su suegro. En 1858 se le declaró cesante, en calidad de Comisario de Guerra. Su cesantía fué confirmada en 1866 con S/48.36 al mes. De sus economías había adquirido dos ranchos en Chorrillos, y participaba, por herencia, en la propiedad de un fundito en Parco chico. Por las tardes solía ir a los Portales de la Plaza de Armas, donde discurren los cesantes, luego a *El Comercio* para charlar con Amunátegui y Carranza; por las noches subía a los altos de su casa, en donde vivía don Juan Antonio Ribeyro, magistrado y político, y se enredaban en la charla. Le habían designado Diputado suplente por Loreto, pero no fulgió en el Congreso. Algunos días de la semana iba personalmente a cobrar las pensiones de sus inquilinos en una casa de vecindad, el *callejón de Mena*, en la calle del Huevo, y dilataba la charla con los vecinos, oteando costumbres. Entre los vecinos figuraba un cierto joven huamachuquino, Abelardo Gamarra, que más tarde popularizaría el seudónimo de «El Tunante» como escritor costumbrista. Lentamente discurría la vida en la lenta Lima de entonces. Escribía reflejando tal ambiente y el de la provincia de Pampas en donde residían algunos parientes suyos. Además de su colaboración en «El Comercio» en 1839, en donde publicó como folletín, su novela *Gonzalo Pizarro*, colaboró en «*La Bolsa*», Lima, 1841;

«El Cometa» y «El Moscón» (1849), en Piura. Su primera comedia es de 1839: «El Sargento Canuto». En 1842, «Saya y Manto»; en el 54, «La Moza Mala» y «La Espía»; en el 55, «El Resignado» y «Nadie me la pega»; en el 56, «Ña Catita»; en el 58, «Un juguete»; en el 59, «El Santo de Panchita», en colaboración con el joven Ricardo Palma; en el 62, «Lances de Amancaes»; en 1861, «Percances del remitido»; en 1862, «Las tres viudas»; y además, «El Cacharpare» y «La Pepa». (Cortez alude a *Uno por otro*).

Toda esta vasta obra teatral, costumbrista, la alternaba con artículos y letrillas. En 1851 compuso el poema jocoso «La Pelimuertada», en Piura. Constantemente enviaba artículos sobre la vida de provincias, con seudónimo, a «El Comercio». Los jóvenes escritores, con Ricardo Palma a la cabeza, le rodeaban, pero sin respeto. Ganaba su talante afable aunque reacio, y su cordialidad lucía campechana. Era tuerto. Teobaldo Elías Corpancho, que le conoció entonces, dice que era muy severo. Resbaló ante las perturbaciones de conservadores y liberales del 55 al 60, sin ahincar en la situación, sin ambiciones. Mientras cada escritor peruano fué un proyecto de cónsul, diputado, ministro o general, Segura prefirió ser un cesante, charlador voluntarioso y libre, sin trabas. Murió «de sus muchas dolencias»—según dice Palma,—que olvida, sin embargo, el día de la muerte, ocurrida el 18 de septiembre de 1871. En vida, amigos y discípulos habían lanzado dos ediciones de las obras de Segura: la de 1856, la de 1858, la de 1869. La tercera apareció en 1885; la cuarta en 1925.

Los datos anteriores proceden de los papeles de familia que me ha proporcionado el Dr. Gonzalo Carvajal y Segura, y del *Prólogo* de Palma a la edición de 1885, titulada «Artículos, poesías y comedias de Manuel Segura», Lima.

FELIPE PARDO

Felipe Pardo nace en Lima el 11 de junio de 1806, según testimonio de su hijo y biógrafo don Manuel Pardo y Osma que llegó a ser Presidente de la República del Perú en 1872-76, y que murió asesinado por el sargento Montoya cuando entraba al Senado, en 1878, siendo entonces Presidente de esta corporación. Los padres de don Felipe Pardo fueron don Manuel Pardo, Regente de la audiencia del Cuzco y «más tarde en España Ministro de los Consejos Supremos de Guerra y Hacienda y del Tribunal Supremo de Justicia», y «doña Mariana de Aliaga, segunda hija de los marqueses de la Fuente-Hermosa». Cuando la revolución de Pumacahua, en 1814, don Manuel, el Regente y su hijo, fueron perseguidos; en 1821, al pronunciarse el movimiento emancipador del Perú, los Pardo-Aliaga se dirigieron a España, adversos a la libertad. Tenía entonces don Felipe 15 años—aunque Raúl Porras sospecha con razón que hay el error de un año en la biografía del escritor, de modo que nació en 1805 y no 1806.—En España don Felipe fué discípulo del poeta Alberto Lista, y compañero de Espronceda y Ventura de la Vega en la Academia del Mirto. Aprendió el francés y tradujo algunos versos de Hugo. Era correcto y frío. Por cuestiones diversas, tornó al Perú en 1828. Gamarra gobernaba entonces el Perú, autocráticamente. Don Felipe compuso, al pisar tierra peruana, la «Oda de un peruano al regresar a su patria». Ahí loaba a la libertad. Colaboró en el *Mercurio Peruano*. El grupo conservador de Pardo le abrió sus puertas. Alternaban las tertulias académicas con estudios forenses: Pardo, Martínez, Olmedo, Ferreyros: políticos y poetas, abogados y poetas, europeístas y poetas. El biógrafo de don Felipe, su propio hijo, confiesa esto último cuando se refiere a «las ideas europeas que en él dominaban» y a «las relaciones de familia» entre las cuales se movía». El año 1830 don Felipe aparece como secretario de nuestra Legación en Bolivia.

Luego, se casa con doña Francisca de Osma. En 1832 asciende a Oficial Mayor de Hacienda. Nuevamente aparece colaborando en *El Mercurio*. Nace su hijo don Manuel el año 34. Ya había estrenado en 1830 sus *Frutos de Educación*, y desatado la crítica apasionada de Larriva: éste popularizó contra Pardo el mote de *Bernárdito* con que le plugo bautizarle. Es la época de más intensa producción de Pardo. En 1833 da «*Don Leocadio*» y «*Una huérfana en Chorrillos*». La rebelión de Salaverry le coge entre sus mallas: se deja seducir por el caudillo que le envía a España, pero en Chile conoce la nueva de la trágica muerte de Salaverry. Colabora en *El Intérprete* de Santiago y en preparar las expediciones peruano-chilenas de Gamarra y Blanco Encalada y luego Bulnes, contra la Confederación Perú-boliviana. Regresó al Perú con los chilenos que restauraron el gobierno de Gamarra. Escribe «*El Espejo de mi tierra*» que marca la madurez de su espíritu: ahí surge el tipo del *Niño Goyito* lo más característicos de nuestra sociología y nuestra literatura. Los años siguientes presencian continuas expatriaciones de don Felipe. El 48, el año de las grandes transformaciones, ya estaba en Yura, enfermo, seminmovilizado. Sus fervores políticos no acompañaban a Castilla, sino a Vivanco, el «presidente bonito», el «académico». A él le dirigió «*La lámpara*», composición elegíaca en la que Pardo se denomina a sí mismo, en pulquérrimo gesto aristocrático: «lámpara solitaria». Castilla lo devuelve a Chile. Funcionario de Relaciones Exteriores, alcanza el ministerio en 1849; más tarde, vicepresidente del Consejo de Estado. Su hijo llega a la mayoría el 55, el mismo año en que sube la marea liberal demagógica en el Perú, y don Felipe le dedica unos versos, lamentándose de que ya fuera igual «al negro que unce tus bueyes y al que te riega el maizal», simbólica queja de un corazón realista mal avenido con las transformaciones republicanas. El anciano poeta queda, después, ciego. Su hija Paca le servía de secretaria. El ciego y desiluso don Felipe expira, en medio de generales lamentaciones y funeral boato, el 24 de diciembre de 1868.

Poesías y escritos en prosa de don Felipe Pardo, miembro correspondiente de la Real Academia Española y Honorario de la Facultad de Humanidades de Chile, París. Imprenta de los Caminos de Hierro. 1869.

Anónimo: El asesinato de don Manuel Pardo: Lima, 1868.

R. Porras, Don Felipe Pardo y Aliaga en el Bol. Bibl. de la Univ., junio, 1926. Lima, N.º 5 y 6, p. 166 y sig.

LAS DOS CORRIENTES

Reunamos testimonios, antes de emprender el examen de las dos tendencias en pugna. Para Palma, que fué discípulo de Segura, pero admirador de Pardo, aquel «después de don Felipe Pardo ha sido el que con más naturalidad y aticismo ha pintado costumbres limeñas» (pról. a la ed. 1885). Para Riva Agüero—cuyo criterio de 1921 ya he señalado—en su tesis de 1905, Segura tenía «sobra de gracia y falta de gusto», sus versos son «pesados e insulsos», y sus obras tienen el «aire de las de Palma». (Caract. de la lit. del P. Indep. Lima, 1905, p. 253). Estas opiniones injustas están templados en el libro de 1921. Pardo, en cambio, está juzgado con mayor imparcialidad desde 1905: sus ideas *conservadoras y antidemocráticas* explicadas por su nacimiento; el ambiente literario tan académico, tan correcto y discreto» en que vivió Pardo «durante su adolescencia y su primera mocedad»; el predominio del ingenio sobre el sentimiento que hacía de él un satírico; su falta de fantasía; lo hiperbólico que es hablar del teatro de Pardo; el «chiste culto» y «la naturalidad y amenidad de la forma», todo converge en la apreciación final: «si Pardo no hubiera compuesto sus sátiras políticas, sería un literato elegante y apreciable, y nada más; por haberlas compuesto es un poeta de fisonomía propia, original, muy interesante y de pinceladas a veces magistrales». Naturalmente

don Javier Prado encontrará iguales elogios para ambos, Segura y Pardo. Ventura García Calderón tiene una frase certera: «mientras Segura se *complace* visiblemente en la descripción de costumbres y caracteres, Pardo *esconde* intenciones de moralista... Cuando Segura critica es de pasada o por veleidad de criollo displicente y burlón; pero con devoción a sus personajes. Pardo se irrita fácilmente. Todo le choca a este *extranjero de buen gusto* y mejor cultura...». El verso de Pardo, sin embargo, «no iguala el fácil heptámetro (?) de todas las comedias de Segura». Don Marcelino Menéndez y Pelayo llama a Pardo «el verdadero representante de nuestra escuela clásica en el antiguo virreinato del Perú»... «Su poesía es fruto legítimo de la escuela culta y severa del siglo XVIII»; de Segura dice, sólo, que era «poeta festivo y articulista de costumbres, pero sobre todo poeta dramático» y «que sus piezas abundan en saladas ocurrencias del más puro criollismo. Trabucando fechas y situaciones, don Marcelino llama a Segura, *héredero* de «la vena satírica de Pardo» aunque no de «su aticismo, ni su cultura, ni su delicado gusto». Max Daireaux juzga a ambos descendientes directos de los escritores del siglo XVIII. Omito comentarios menores. Con los expresados podrá cotejarse la impresión que yo formulo.

Riva Agüero, «Caract. de la Lit. Peruana. Lima, 1905. p. 73 etc., y 55-63; ibid. «El Perú hist. y artíst.», ed. c. p. 164-165; Javier Prado, «El genio de la lengua y de la lit. cast y sus caracteres en la historia intelect. del Perú.», Lima, 1918, p. 127 y 130; V. García Calderón, «Del Romanticismo al Modernismo», París, ¿1910? p. 11; Menéndez y Pelayo, «Historia de la Poesía hisp. amer.», Madrid, 1913, T. II, p. 249-255; Max Daireaux, «Panorama de la literatura hispano-americana, París, 1930, p. 64; y D. Cortez, «Parnaso Peruano», Valpa-

raíso, 1871, p. 549 y 733; V. G. Calderón, «La Lit. Peruana», «Rev. hispanique», 1914; R. Porras B., art. cit. y la «Lit. Peruana», Lima, 1918.; V. G. Calderón, «El Parnaso Peruano», Barcelona, s/f. (¿1914?).

En Segura aparece la Lima de 1830 en su exacta dimensión. Ni los menos fervorosos de aquél pueden negarlo. Es un ambiente antiformalista y espectacular. Sus artículos y poesías, aun cuando traten de temas serios, los presenta con donaire. Carece de protocolo este escritor vernáculo. En sus obras aparecen nuestras costumbres reflejadas fielmente. Los militares ambiciosos y el caos militar en «*El Sargento Canuto*»; la procacidad de la prensa en tiempos de Casilla, en «*Percances de un remitido*»; las conspiraciones y montoneras en «*Un juguete*». En otro terreno, el eterno conflicto entre la madre ansiosa de novio adinerado para la hija desinteresada, y la intervención de una eficaz celestina criolla, en «*Ña Catita*»; las cuitas amorosas de varias mujeres por culpa de un pintoresco y truhanesco galán criollo, amigo de bolsas y palmitos en «*Las Tres Viudas*». Cuadros de costumbres en «*La Saya y Manto*» y «*El Santo de Panchita*». En fin, toda la vida criolla bulle en aquel teatro que, si no siempre es literario, nunca deja de ser chispeante y documental. Pero hay más: en Segura la nota pícaro puede más que todo. No cree en la nobleza de sangre, pese al entroncamiento con los puntillosos Viana. Una de sus más celebradas composiciones líricas «*A una viuda*» no puede soslayar algo risueño:

Muy temprano se apagó
la antorcha de tu himeneo,
¡ay, señora!
Parece que se citó
la muerte con el deseo
a una hora.

(Artículos, poesías y comedias de Manuel A. Segura, Lima, 1885, p. 87).

O en «*A las muchachas*», plenamente jocosos y burlones, o en «*La Santi-Cruzada*», equívoco título de una mofa a Santa Cruz. Sus artículos son igualmente gráficos, y lo es el poema «*La Pelimuertada*» en el que, por cierto, no «malgasta» su ingenio como dice Palma, sino lo supera, como lo hemos de ver en seguida. Por el valor descriptivo y humano—sumo valor—de Segura, se le podrían aplicar las frases de Gómez de la Serna a Ramón de la Cruz, relacionando a aquél con Ricardo Palma y con Pancho Fierro, el famoso acuarelista de los tipos limeños: «Goya, más intuitivo y precursor por gracia del azar es influído por los primeros estrenos de don Ramón de la Cruz, el escritor combatido en otros tiempos y al que no se le quería dejar entrar en el Parnaso, porque se creía confusa y pobre su musa, encontrando indebido el que bajase a las lavanderías y diese, con toda sencillez, el eco de las riberas, sorprendiendo las meriendas y cuchipandas de la vida».

R. Gómez de la Serna, «El Gran Español Goya», en «*Rev. de Occidente*», Madrid, mayo, 1927. p. 193.

Todo el estilo de Segura tiende a esto: a vivificar lo cotidiano, a jugar con lo humano, a quitar trascendencia a lo trascendental, a reducir a lo mínimo, lo máximo; y siempre utilizando la técnica del *desgaire* que si no es la más perfecta, suele ser lo bastante expresiva. Cuando en lo popular interviene el terso academismo, suelen producirse «academismos antiacadémicos»—pero siempre perfectos e impasibles—como en los sonetos y canciones de Góngora. Partiendo de sus *Romances* llegó éste al alquitaramiento formal de lo popular, fórmula de un neoclasicismo. Segura conserva, como a menudo lo hizo Quevedo—artista sumo éste, en un siglo perfecto—el giro desmañado, engarzando la palabra pedestre, con la intención antiperfectista.

Sólo que para Segura no existe el concepto sino el cuadro. Su fantasía es la criolla que apenas borda en la mentira o la exageración, sin crear nada, salvo el ambiente. Un examen del fraseario y la figura en Segura daría un resultado pobre. En Pardo tampoco existe la imagen. Pardo es un escritor sin fantasía, y sin la mentira pícaro del criollo. Suple la ausencia de figuras con el casticismo de la expresión, que la perfecciona sin elevarla. La ventaja, dentro de lo creador, está por Segura que al menos fué mentiroso. Y la mentira es una cualidad inferior de la fantasía, un microimaginismo, pero, al menos, admite la beligerancia de la imaginación.

Pardo cuidó su forma literaria tanto como su indumentaria cotidiana. Dandy, sí, aunque del dandysmo europeo sólo nos queden la insolencia y las corbatas de Brummel, el libro de Villiers, la exégesis de Theo, la silueta de Eduardo VII y los vestidos de su nieto Eduardo VIII. Pardo representó el cuidado por el atavío, es decir, por lo paramental: su colonialismo no admite, pues, duda. Quiero resaltar el contenido de *Frutos de Educación* y la polémica con Larriva, la poesía *A mi hijo*, el *Niño Goyito*, la *Constitución Política* y la *Oda al carnaval*, de Pardo, frente a *Percances de un remitido*, la *Pelimuertada* y los artículos de Segura. Con ello tendremos el cuadro de las dos tendencias en pugna. Si, luego, se examina la técnica de ambos—figura y frase—nuestro estudio será más completo.

DOS FASES DIVERSAS DE UN SOLO TIEMPO

Al llegar a Lima, Pardo se había contagiado de las ideas de libertad en boga. Joven de 23 años, testigo de la oprobiosa tiranía de Fernando VII, América surgía ante él como una invitación nueva a la vida. Ya había traducido la oda «*A la columna de Vendome*» de Víctor Hugo, en versos casi exactos a los del autor. Una de sus primeras composiciones en el Perú la dedica a Gamarra. En otra anterior diría emocionado:

Cuanto en mi torno miro
èxhala ¡libertad! su ronco acento;
libertad clama el hondo de los mares,
responde *libertad* sonoro el viento:
eco tan agradable al norte escucho
y aura de libertad gozoso aspiro.

(R. Porras, «Don Felipe Pardo y Aliaga», en «Boletín Bibl. de la Univ.», Lima, junio de 1926, N.º 5 y 6, p. 16 y sig. y ver en «Mercurio Peruano», 1828, 17 de diciembre y 26 de marzo, Lima).

Mas, al instante surge el genio criollo frente a él. Se desconfiaba del apuesto joven, ex alumno de la Academia del Mirto, e hijo del oidor realista, de suerte que la suspicacia criolla encontró su eco en el jocoso clérigo don José Joaquín Larriva, redactor de «El Mercurio Peruano» (1828). Pardo escribía en *La Miscelánea*. Larriva (1780-1832), ex colegial de San Carlos, orador de fama y letrillero de mayor fama aun—a quien he aludido en el capítulo anterior—la emprendió contra el recién llegado. Un *remitido* hirió a Pardo. Contestó, burlándose con cierto tono de altura, a Larriva. La réplica de éste fué enconada. Raúl Porras nos cuenta que la polémica terminó, a puñadas: Larriva, clérigo viejo, sufrió los golpes del joven Pardo. En 1830 se estrena *Frutos de Educación*, la comedia del clasicista discípulo de don Alberto Lista. El tema de *Frutos de Educación* son las costumbres limeñas. Pardo presentaba un cuadro severo de éstas, atribuyendo sus defectos a la educación torcida y deficiente que se proporcionaba en los colegios y hogares. Bernardito, el protagonista, aprovechaba cada escena para censurar el criollismo degradante. Al punto saltó Larriva, que no olvidaba los pasados agravios. Avezado polemista—recuérdense sus combates con Rico y Angulo en 1813—supo hallar el punto flaco de Pardo: el extranjerismo. En nombre del criollismo zaherido, de las cos-

tumbres locales maltratadas por el joven censor, Larriva aderezó sus célebres letrillas en las cuales apodaba *Bernardito*—como el protagonista de la comedia—, a Pardo.

Ven, Bernardito a regar
el patrio suelo querido
con las luces que has bebido
en el atlántico mar.

Ven Bernardito a abismar
al que estudió en el Perú
con lo que estudiaste tú
en el atlántico mar.

Ven, Bernardito, a enseñar
nuevas costumbres y usos
con tus talentos infusos
en el atlántico mar.

Ven, Bernardo, a desterrar
añejas preocupaciones
con las que oíste lecciones
en el atlántico mar.

«Mercurio Peruano», N.º 910, 15 septiembre de 1830, cit. por R. Porras, «Don José Joaquín Larriva», conferencia en el conversat. Univ. , Lima, 1919, p. 35.

Tuvo eso el ataque del clérigo. En vano trató Pardo de librarse públicamente de la acusación de extranjerista y pedante: «el público criollo—dice Porras—estaba ya convencido de que Pardo era un antipatriota censor de las cosas nacionales», y subsistió el mote de *Bernardito*. Durante mucho tiempo se le quedó pegado. Y habría sido Pardo más duramente herido, si Larriva no muere en febrero de 1832.

Frente a defectos—o virtudes—nacionales tan acusadas

como el abuso de la prensa y la difamación constante, Segura asumió una actitud tolerante. *Percances de un remitido* presenta al observador sonriente, no al sagitario airado. *El Sargento Canuto* y *Un Juguete* tampoco ahondan en la nota moralizadora: se limitan a describir. Y hasta exhalan cierta bonachona simpatía por la turbulencia demagógica de una muchedumbre inquieta y desorbitada.

El *Carnaval* limeño ofrece otra oportunidad para juzgar las dos tendencias contrarias. Era el de entonces—hasta 1922 lo fué—un carnaval bullicioso y violento. Salían a la calle los jugadores provistos de cascarones llenos de agua de colores, jeringas monumentales y baldes, y, así reunidos, *asaltaban* las casas de sus conocidos. La mujeres arrojaban baldazos de agua a los asaltantes; les lanzaban cascaronazos tremendos, y luego volaban las viandas, mientras los atacadores, fieramente, las cercaban, las abrazaban, mojaban y concluían metiéndolas en la tina, baño sorpresivo y bullanguero, con protestas, risas y cierta lubricidad hipócrita. Segura asistía a estas escenas y las refería sonriendo. En su artículo «*El Carnaval*» escribiría plácidamente, engreído por aquella belicosidad carnavalesca: «en fin, a costa de un resfriado, estoy convencido de que no hay cosa mejor para los enamorados que los días de carnaval, en que, a vista y paciencia de las madres más vigilantes, pueden hacer con el objeto de sus pensamientos, lo que no han podido en todos los días del año». (Segura, o. c. ed. cit. p. 7).

Pero, Pardo no. Mientras hasta los viajeros, como Botmiliau, Lavendais y Radiguet se limitan a un comentario sobrio, Pardo se indigna. Y ¡qué dirá ahí! Oigámosle como amonesta al final a los limeños:

Las usanzas del Támesis undoso
Hacéis alarde de seguir discretas:
Ya juzgáis necesario el té, y sabroso;
Del brindis conocéis las etiquetas;

Os gozáis, muy calladas, muy formales,
 Os gozáis en comer sin servilletas
 ¡Y jugáis, sin embargo, carnavales!»

(Pardo, o. c. p. 33).

Evidentemente, Pardo añora otra cosa. Añora un estado político monárquico, social, oligárquico, literario-clásico, religioso-conservador, decorativo. El apuesto censor no pertenece a la democracia incipiente, sino a la colonia extinta. Segura, en cambio, representa al demos. Burgués, buen burgués, rumba su vida hacia la paz, enamorado de su realidad. Pero no lo dice. Pardo se denuncia en un título:

«*El Espejo de mi Tierra*». El quisiera serlo, mas no lo consigue: espejo deformador, caricaturista (el título correspondería a la obra de Segura); no refleja sino que abulta. Espejo es pasividad: el de Pardo fué reactividad. Sólo cuando describe costumbres de alta clase, de aristócratas o altoburgueses, logra ser especular; por ejemplo, el caso del *Niño Goyito*, *Un viaje*. Y aun aquí se ahonda la diferencia con Segura, quien escoge al huérfano *Pelimuerto* para una epopeya, frente a la cual Palma tiene un gesto de desagrado. El *Niño Goyito* es el símbolo del limeño adinerado, engréido por las tías viejas; es el mocito sociable y comodón, cuyo viaje constituye piedra angular en el calendario de la familia. *Pelimuerto* es el expósito feo, desdeñado, ante quien se detienen la atención de un sargento, de una vieja, de un pelafustán y de un poeta tuerto. El *Niño Goyito* sólo pertenece a Lima, pero *Pelimuerto*, de puro local, es un expósito que lo mismo puede ser mosca huérfana de «*La Mosquea*»; gato expósito de «*La Gatomaquia*», rama abandonada en la «*Batracomiemaquia*». Ya entonces—1851—Segura experimentaba críticas y censuras de los atildados seguidores de Pardo. La segunda estrofa *La Pelimuertada* lo delata:

Si epopeyas hacen cien
aun los que van a la escuela,
sobre el muerto y quien lo vela
he de hacerlas yo también.
Con un *tres bon* y un *tres bien*
no es Beranger quien me ofusca;
y aunque la gente *pardusca*
después me devane el seso,
he de soltar la sin hueso
más recio que la *cuyusca*.

(Segura, o. c. p. 95. La alusión a Beranger es a Pardo, que publicó una versión de «A mi levita», así como lo de «la gente *pardusca*»).

Se explica: Pardo andaba totalmente reñido con la democracia. La República y el militarismo concitaban sus más violentos ataques y sus más agudos epigramas. Acertó en el diagnóstico, pero no en la curación. Si, es verdad, vivíamos una republiqueta visible, pero habíamos dejado la colonia degradante. Pardo comenta «*La Constitución Política*» (1859) en versos inolvidables—lo mejor de su obra con *El Niño Goyito*:

(Religión) Y en pueblo de indios quiere nuestra dicha
que el culto nade en piélagos de chicha.

(Ciudadanía) También el manumiso (y allá va eso)
Ejerce en el Perú ciudadanía
Y por supuesto siela en el Congreso
Ocupará si se le antoja, un día.
La ley que ve del nacional progreso
Turbia la fuente y sucia en demasía
El mal remedia de excelente modo.

(Pardo, o. c. p. 102).

Vense hoy las libertades, como impuro
 aborto de las furias del averno;
 y mañana todo es rojismo puro,
 y el rojo más terrible es el gobierno.
 Mas no admira en República, aunque es duro
 este trajín, peloteador eterno.
 Pues lo que por más célebre se nota,
 tuvo por cuna *el juego de pelota*.

(P. 108).

En ¡*Vaya una República!* dirá explicándose:

No soy absolutista;
 Mas si entusiasta
 Por un par de mostachos
 De buena casta,
 Cuál los que peina,
Verbi gratia el grande hombre
 Que en Francia reina.

(P. 125).

Juan de Arona cita estos otros elocuentes versos de Pardo «*Al Perú*»:

Pueblo de no trabaja y come guano;
 Pueblo de zamacueca y desenfrenos;
 Pueblo de cholos, blancos y morenos,
 Sin sentido moral ni ciudadano
 ... Tu fin es ser manjar de anglos o galos.

(Juan de Arona, «*Páginas Diplomáticas*», Lima, 1891, p. 95).

Sin embargo, presto exageraría delatoramente: al cumplir 21 años su hijo Manuel, (1855), año del triunfo del liberalismo peruano, de la derrota del conservador y decorativo Vivanco, de la liberación de los esclavos negros y de la abolición de la servidumbre de los indios, Pardo comentaría amargamente la conquista cívica realizada por su hijo en la siguiente composición que las Casas en 1530, habría impugnado sin duda:

Dichoso, hijo mío, tú
que veintiún años cumpliste;
dichoso que ya te hiciste
ciudadano del Perú.
Este día suspirado
celebra de buena gana,
y vuelve orondo mañana
a la hacienda y esponjado,
viendo que ya eres igual
según lo mandan las leyes
al negro que unce tus bueyes
y al que te riega al maizal.

(Pardo, o. c. p. 59).

Queda retratada en tales versos la actitud de Pardo ante la República Peruana. Su nostalgia conservadora y dinástica era la de un sector considerable de la alta sociedad limeña. Expresión de ella, su airón y su emblema, sobre Pardo llueven los elogios de los simpatizantes de la Colonia y los dicitos de los demoliberales. Su estilo cautiva a los clasicista—cultores literarios del conservadorismo—y molesta a los novadores y popularistas. El de Segura ofende a los puristas, detiene a los novadores y encanta a los popularista de quienes aparece como símbolo. Pardo se ampara en el salón. (Salones de Pardo, de Mora, del propio Pardo: chocolate y verso, elegancia de Vivanco y versos,

comentarios, nostalgias, versos, chocolate). Segura vive de la tertulia particular, el periódico, el callejón, el portal. (Callejones del Huevo y Juan Simón, tertulia con Gamarra y Palma, desgaire de Castilla, chistes, versos, chocolate y pisco). Los románticos amaron la gloria de Pardo, su precursor en el salón y el aislamiento. «Lámpara Solitaria» como querían ser los distantes discípulos de Byron y Musset. Segura busca el teatro, el corral repleto de gente, el aplauso directo y embriagador como anticipo de voto popular: Pardo prefirió el cenáculo, los salones relumbrantes, la aprobación cerrada pero discreta; colegio electoral, no sufragio directo. Segura va al periódico de todos; Pardo, a la hoja propia. Criollo y anticriollo, la costumbre los une y los separa. Sin embargo, no encarnan el Perú. Segura atiende a la provincia, pero sólo a una: la de Pampas, en donde tenía bienes y parientes; Pardo a ninguna. El funcionamiento de la Justicia, por ejemplo, inspira a Segura un artículo jocosos, pero gráfico; a Pardo una letrilla satírica. Segura es pura visión y Pardo puro ingenio. En éste el sentimiento vive amordazado por el deliberar; en aquél, se mezcla a la descripción. Reflejan la pugna de ideas, que luego habrán de expresar teóricos de la política. Ambos—Pardo no tanto—anticipan la pugna de ideas, que en ellos es *de tendencias y de realidades*. Los que, luego, infiltren doctrina en la pugna, reflejarán ya la lucha de *ideas*. Entonces surgirán los polemistas y los parlamentarios. Estamos entre los umbrales de la lucha entre conservadores y liberales. Pero Segura y Pardo no entran en tales honduras. Pardo se lamentará jocosamente, hiriendo tal vez a Segura, en el preámbulo de «*La Constitución Política*»: «Un escritor que no puede ser ministro, ni representante, ni celador de barrio es un ente privilegiado, en cuyo candor se puede descansar con ilimitada confianza». (Pardo, o. c. p. 99).

Segura para entonces es cesante con su exigua mesada, y adquiere los ranchitos de Chorrillos. ¡Chorrillos: balneario de ricos, regodeo de Pardo y sus personajes, aspiración de Segura

y blanco de sus muñecos! *Una huérjana en Chorrillos* se titula una de las comedias de Pardo, *Lances de Amancaes*—la pampa de la fiesta popular el día de San Juan—se llamará una de Segura. Las obras de Pardo las recogen en elegante edición, su hijo don Manuel y su fervoroso don Manuel González de la Rosa, en París; las de Segura, en menguada edición, sus admiradores. En el frontispicio de aquélla, el daguerrotipo del apuesto don Felipe, trasladado a firme grabado en acero; frente a ésta, un mal dibujo de perfil, en peor grabado. La ancianidad de Pardo la perpetúa el pincel de Laso; la de Segura no la perpetúa ninguna brocha: apenas si Palma alcanzó a saber le mataron «sus muchas dolencias». Pardo ciego, da cierta majestuosa impresión de crepúsculo; Segura, tuerto, provoca una sonrisa. Hay algo inevitablemente suelto y plebeyo en Segura; es su sabor más agudo. En Pardo hay algo contenido y desdeñoso: es lo que le da fisonomía y le libra de ser un «literato elegante y apreciable». Segura *se complace*, Pardo *esconde*—el giro es de Ventura García Calderón—. El pueblo de 1830 se gozaba en sus costumbres libres, mientras los aristócratas, en los umbrales del guano que les consolaría de los títulos nobiliarios perdidos, miraban enfurruñados, desde su Europa constante y ubicua, el confuso bullir de una «República en gestación».

III

GERMINACIÓN LIBERAL: VIGIL, MARIÁTEGUI, LASO

La gestación se desenvolvía hacia la madurez doctrinaria. Después del declamatorio frenesí de los primeros años y, simultáneamente, con el costumbrismo—anécdota pura, a veces con ánimo chistoso y otras con intención satírica—graves varones tratan de echar las bases definitivas del nuevo Estado. Se definen las tendencias—no las realidades.—El ardoroso Mariátegui hallará ancho campo para difundir sus ideas, al lado del puro

Vigil; el voluble Vidaurre confesará sus equivocaciones, mientras el joven Herrera define su derrotero; los adolescentes Gálvez y Laso contrastan luego con su maestro Herrera y con los discípulos del ponderado Pando. Flora Tristán asiste a tal espectáculo: paria echada a playas peruanas en aburguesado empeño reivindicatorio al mismo tiempo que Echeverría importa el socialismo a la Argentina. Pardo ahinca su campaña autocrática, mientras Vivanco ensaya posturas románticas. Muerto Bolívar (1830) se ha roto la gran Colombia. En el Colegio de Guadalupe (1841) crece una mocedad revolucionaria. Llegan Lorente (1842) y Velarde (1841); se va Mora. Los periódicos asumen carácter más duradero. Se funda «El Comercio» (1839). Llegan los rumores de la comuna y se plantean los problemas religiosos y sociales. El eco del «Manifiesto comunista» aturde a los espíritus pacatos, que forman la mayoría. 1848 presenta un espectáculo único. Antes ya había llegado el primer barco a vapor. En San Carlos asoma una generación liberal y romántica: 1848. Estamos en pleno crecimiento del romanticismo peruano.

Pero es preciso discriminar tan variados elementos. En primer término a Mariátegui y a Vigil, los dos representantes del primer liberalismo peruano, herederos de la tradición extrema de los revolucionarios del 20, próceres ellos mismos.

Francisco Xavier Mariátegui (1793-1884), el redactor de «*La Abeja Republicana*», perenniza y transmite el sentimiento peruano de los primeros días independientes. Con él pervive, en 1840 y después, el fervor de los libertadores. La curva de su vida es precisa. Procesado por el Santo Oficio, como lector de obras prohibidas cuando colegial de San Carlos conspira en 1810 y decide la defección del *Numancia* en favor de los patriotas (1820). Proclamada la Independencia fué electo representante al primer Congreso Constituyente de 1822. «El amor a la independencia y a la libertad—diría— es muy impetuoso, muy vivo en el hombre (de la naturaleza) para perderle luego que se

une con sus semejantes, y sólo la necesidad, el tiempo y los acasos pudieron esclavizarlo». Su ardiente republicanismo y su anticlericalismo le llevaron a oponerse a San Matín, Monteagudo y sus designios monárquicos; para eso publicó «*La Abeja Republicana*». Pocos son los liberales tan rotundos como Mariátegui. Con Luna Pizarro, Arce y Rodríguez de Mendoza formó parte de la comisión encargada de redactar la Constitución de 1823. A medida que transcurren los años, su anticonservadorismo crece no obstante su actitud de 1825. De ahí que los más encendidos frutos de su pluma sean los de la madurez. Sus «Anotaciones» a la historia de don Mariano Felipe Paz Soldán (1869) son de su ancianidad, pero vibran enardecidas. Como magistrado de la Corte Suprema y Ministro de RR. EE. y Gobierno en 1827, sus intervenciones son rotundas: siempre en favor de la libertad y contra la Iglesia Romana. Gran Maestro de la Gran Logia del Perú, recogió el espíritu de la antigua masonería peruana, de la que era uno de los fundadores, habiendo establecido con Bolívar la Logia *Orden y Libertad N.º 2* y la *Virtud y Unión N.º 3* (1823). No descansó jamás en la polémica. El Congreso peruano oyó sus inflamados discursos en 1855. Poseía una oratoria apasionada y vehemente. El año de 1847 formaba parte de la comisión encargada de redactar el Código Civil: ante ella pidió que se declarase el matrimonio «un simple contrato civil». Con Benito Laso atacó el concordato bajo Echenique, y luego escribió su demoledora «*Historia de los Concordatos*». El año de 1858 le ve redactando «*El Constitucional*», contra Castilla: Vigil escribía los editoriales del periódico, y colaboraron en él B. Laso, José Gálvez, José G. Paz Soldán. Viejo ya, rectifica en sus polémicas y nutridas *Anotaciones*, la *Historia de Paz Soldán* (1869). El 72, bajo el seudónimo de *Patricio Matamoros*, el «*Manual del Regalista*». El 75 murió Vigil; Mariátegui tenía 82 años. El 79 estalló la guerra con Chile. El 83 se firmó el Tratado de Ancón. El 84 se ratificó. Dos meses después de sancio-

nada la mutilación del territorio nacional, el 23 de diciembre, moría Mariátegui. Tenía 91 años. Había asistido a la revolución contra Abascal y a la campaña libertadora, había actuado en la formación de la República. A su lado pasaron los románticos declamadores, los liberales encendidos, los taimados herreristas. El no abandonó ni su credo ni su tono.

(Concluirá)